LAS PELICULAS DE STEPHEN KING
8 por C.E. Feiling

Domingo 19 de noviembre de 1995

PRIMER PLANO

Suplemento de cultura de Página/12

LOS NOMBRES SECRETOS DE LA REVOLUCION
6/7 por Hanna Arendt

DECLARAN DE INTERES MUNICIPAL LA OBRA DE RAUL GONZALEZ TUÑON

UN PORTEÑO DEL ONCE

La concejala Juliana Marino (PJ) presentó el proyecto al cual se han sumado ediles de otras fuerzas políticas. Esta decisión implicará que la obra de González Tuñón deberá estar en las bibliotecas municipales y en las escuelas y se plantearán formas para la reedición de sus libros. Pedro Orgambide y el director de la Biblioteca Nacional, Héctor Yánover, recuerdan a quien fue el mayor poeta de la ciudad.

LA CIUDAD QUE CORTEJO

PEDRO ORGAMBIDE

Cuando era muchacho, solía caminar por las calles de Buenos Aires con Raúl González Tuñón. Yo trabajaba junto a él en el periódico *Orientación*, que se imprimía en los talleres de *Noticias Gráficas*, en la calle Riobamba. Salíamos de allí con Raúl y el poeta José Portogalo, rumbo a los fondines del Abasto o los de la cortada de Carabelas, frente al Mercado del Plata. Cuando pasábamos por Cangallo y Talcahuano, Raúl contaba que en aquella esquina funcionó en otro tiempo "El Puchero Misterioso", que el poeta Nalé Roxlo bautizó así porque aparecían los platos por un agujero en la pared, que servía "una mano fantasmagórica".

Hacia la madrugada, caían por esos bodegones algunos hombres de la reventa de diarios, émulos de El Diente, famoso distribuidor del diario *Crítica* y amigo de Raúl. También un vendedor de Biblias, músicos de tango y compañeras de la noche, que le recordaban a Raúl los versos impíos de François Villón y esos otros, lunfardos, de su amigo Carlos de la Púa. "Hombre del barrio Once, como Julio de Caro y como yo", explicaba Tuñón antes de contar la historia de El Pibe Ernesto, el músico Ernesto Ponzio, autor del tango "Don Juan" y preso por una puñalada vengadora.

A veces la noche y la madrugada se prolongaban hacia el Bajo, con sus bares de marinería borracha, tiendas de ultramarinos y librerías de viejo que se abrían misteriosamente para nosotros. Entonces él me hablaba de Manuel Gleizer, quien fue su primer editor y el de otros jóvenes, "todos con caras de poetas que se mueren", como decía Raúl. Don Manuel los editaba y su mujer, Doña Manuela, les daba de comer, en la librería de la calle Triunvirato, cuyos libros reencontrábamos ahora en las librerías de viejo de Leandro N. Alem.

"Este era el mentado Paseo de Julio", comentaba Raúl y precisaba que, en el tramo que va de la calle Bartolomé Mitre a la avenida Córdoba, funcionaban, allá por los años 20 y hasta 1932, toda suerte de locales pintorescos, salones de novedades con kinetoscopios en los que, poniendo veinte centavos en la ranura y girando la manivela, uno podía ver, entre otras cosas, el baile de unas gordas impúdicas. A esos locales llegó Raúl cuando era un poeta adolescente. Entonces escribió:

A pesar de la sala sucia y oscura
de gentes y de lámparas
/luminosa,
si quiere ver la vida color de
/rosa
eche veinte centavos en la
/ranura.
Y no ponga los ojos en esa
/hermosa
que frunce de promesas la boca
/impura.
Eche veinte centavos en la
/ranura
si quiere ver la vida color de
/rosa.
El dolor mata, amigo, la vida es
/dura,
y ya que usted no tiene ni hogar
/ni esposa
si quiere ver la vida color de
/rosa
eche veinte centavos en la
/ranura.

De esa época data el "Poema para la Virgencita del Teatro Cervantes" que Raúl González Tuñón escribió por encargo de su novia:

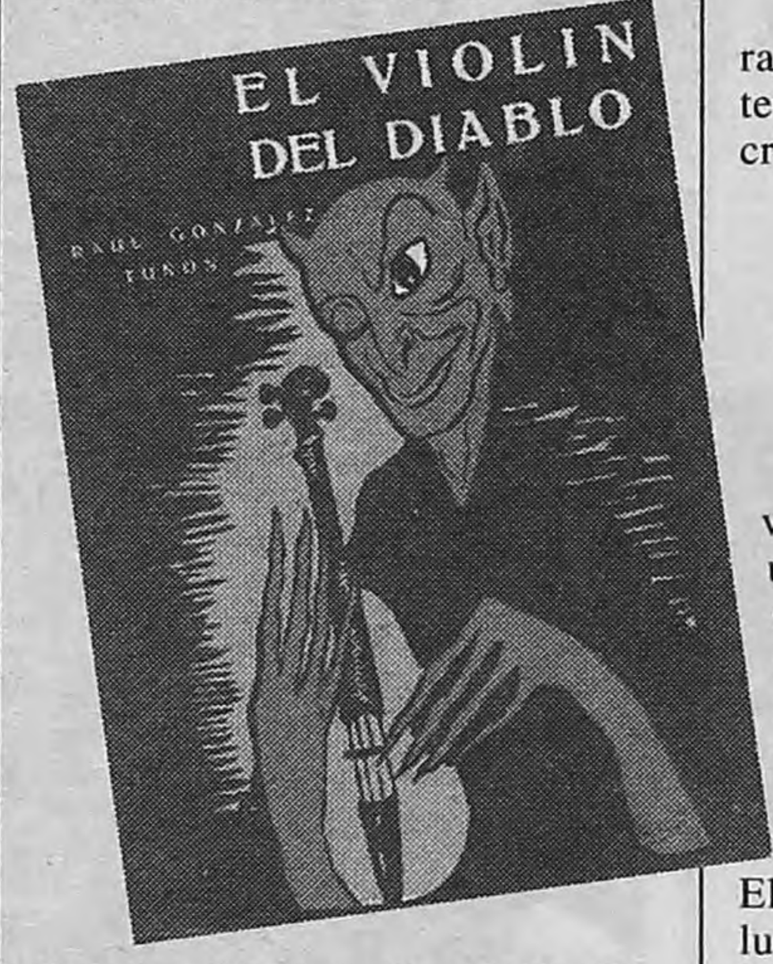
Ruega por mí, que tengo pasta
/de santo y de bandido.
Mi corazón es tierno como un
/niño dormido.

Una vez, en Loria y Carlos Calvo, vimos en un enorme galpón unos tranvías abandonados. Una semana más tarde, en un café, me mostró el manuscrito de "El cementerio de tranvías". Todavía había victroleras en algunos cafés de Buenos Aires. La de ese local, puso un disco de Gardel. El vivía, como escribió Raúl: "en la luna del disco y en la rosa del aire". Nadie cantaba como él. A esa mítica certidumbre del imaginario porteño, Tuñón arrimaba una remota hipótesis:

Quizá cuando otra vez vuelva a
/caer la nieve
sobre nuestra ciudad otra voz se
/le iguale.

Uno de los cafés que frecuentaba Tuñón era el Tortoni, en la Avenida de Mayo. Allí había conocido a Marcelo T. de Alvear, cuando éste era presidente de la República y llegó caminando desde la Casa de Gobierno para sumarse a la tertulia de los poetas. Raúl también solía concurrir a la Casa de Troya, donde paraban los poetas españoles del exilio. Allí lo vi con Rafael Alberti

La concejala Juliana Marino propuso que se declare de interés municipal la obra de Raúl González Tuñón, una forma de reconocer quizás al mayor poeta de Buenos Aires. Pedro Orgambide paseó con él para mostrar a la ciudad que amaba Tuñón. Los bodegones de la calle Riobamba, El Diente y el Pibe Ernesto, la mujer más gorda del mundo y los marineros borrachos del Bajo. El recuerdo de Héctor Yánover, director de la Biblioteca Nacional.





Raúl González Tuñón con su hermano Enrique.

TURCOS VENDEDORES DE MADAPOLAN

HECTOR YANOVER

Han pasado tantos años... yo tenía trece cuando comencé a leerlo y ahora que tengo 65 lo sigo leyendo. ¡Qué buena suerte tuve! Mis amigos siguen siendo los mismos que hace cincuenta años: Neruda, Garcilaso, Vallejo, San Juan de la Cruz, Tuñón, Góngora, Machado, Quevedo, Federico... ¿Te acuerdas? "¿Te acuerdas de los turcos vendedores de madapolán? Y de los muñecos de trapo quemados en la noche de San Juan?" No podía entender que hubiese gente que no se emocionara con los poemas de Raúl. Cuando en 1962 me encontré en la calle con el poeta Molinari y me propuso que hiciera un libro para las Ediciones Culturales Argentinas, me sugirió que fuese sobre Sicardi y *El Libro extraño*, pero yo insistí en Raúl González Tuñón. "No va a correr", me dijo. Desde 1932 Raúl estaba prohibido. Pregunté con quién había que hablar y me señaló al profesor Blas González, a quien fui a ver y todavía lo recuerdo atrincherado detrás de un gran escritorio.

–Me dijo Molinari que nos iba a escribir un librito para nuestra colección. ¿Sobre quién?

–Sobre Raúl González Tuñón.

–¿Ese es el que escribió la "Polka de la Tarjeta de Cartón"? Métale nomás.

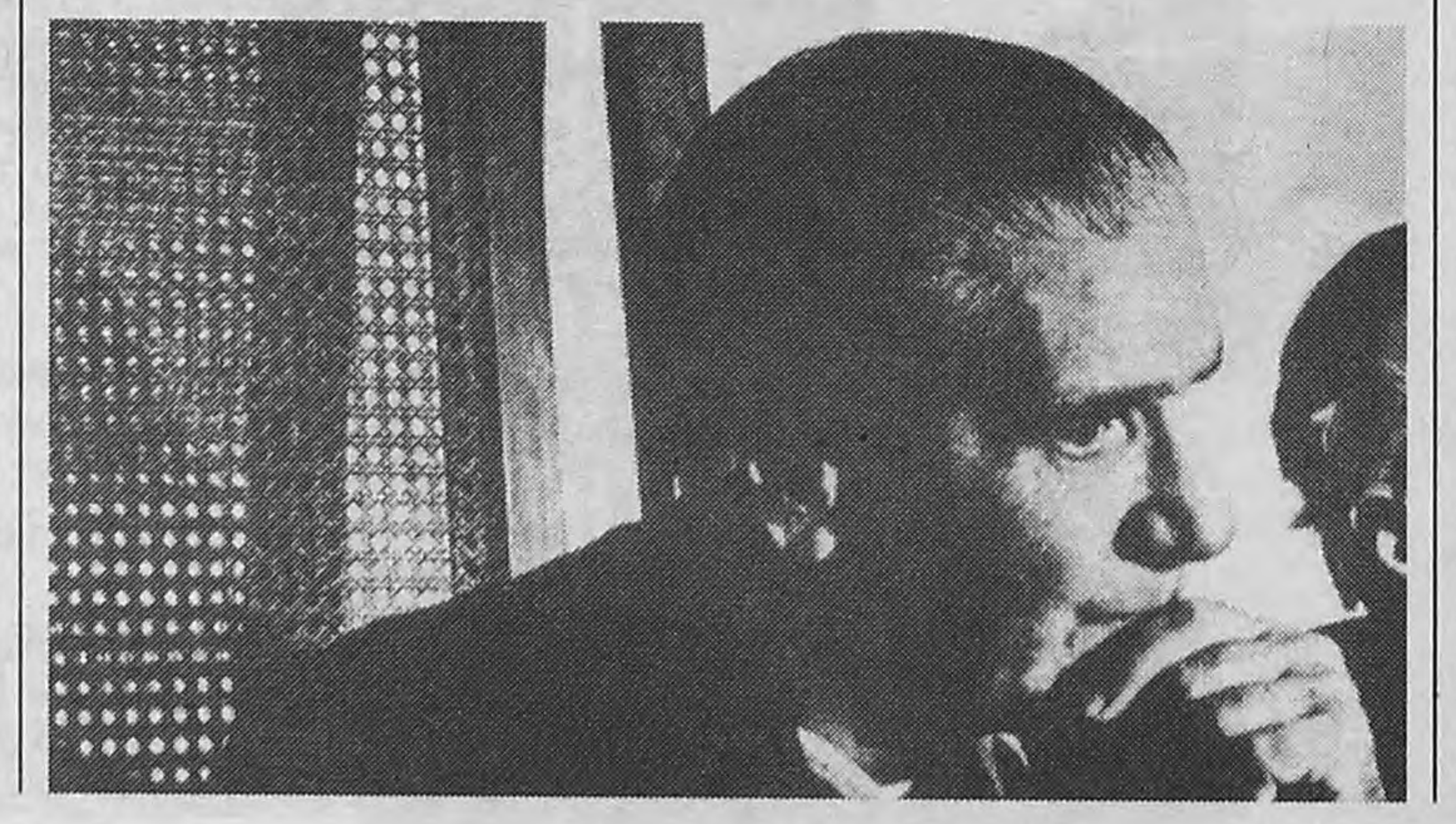
–Gracias Blas González.

Cuando el libro salió, todos interpretaron y bien que la censura había terminado ya que la editorial era del Ministerio de Educación. Diarios, revistas y radios lo vinieron a buscar, le abrieron sus páginas, Raúl creyó que había sido yo el autor del levantamiento de la censura. Las largas dedicatorias entusiastas de muchos de sus libros dicen eso. Raúl era generoso, abierto, incandescente. Caminador y mago, alma de la ciudad y alma del mundo, corazón generoso y hombre transparente. Cuando fui a antologarlo me encontré que, con ser tan buena su poesía social –"es el Rubén Darío de la poesía social" le escribe Octavio Paz a su sobrino Eduardo Alvarez Tuñón–, sus poemas ciudadanos son maravillosos. Me pasé meses leyéndolo, repitiéndolo, memorizándolo y llegué a la conclusión de que Raúl es Buenos Aires hasta donde Buenos Aires todavía no ha terminado de darse cuenta, pero el hecho de que le hayan puesto su nombre a una placita y que ahora propongan declarar sus libros "de interés municipal" nos hace alentar esperanzas. Se hubiese puesto colorado, se hubiera llevado el índice de la mano izquierda a la boca y le hubieran brillado sus negros ojos adolescentes. Raúl no toleraba los elogios. Nos hubiera hablado de los objetos de bronce de la antigua casa Snokel, de las señoritas tan gorditas, del Paseo de Julio, de la mujer más gorda del mundo. Raúl elevó a la épica los menudos rumores de la ciudad. Ese gran poeta ciudadano que fue Nicolás Olivari, ya en 1934 reconoció que Raúl era el mayor de todos. Esa dedicatoria de Borges "Al otro poeta suburbano" es "Al primer poeta ciudadano". Por supuesto que nos obliga al fervor, Raúl en vez de escribir sobre París en Buenos Aires, escribió sobre Buenos Aires en París y compuso el libro más porteño y más parisino que argentino alguno pudiese haber soñado: *La calle del agujero en la media*. Así también en Buenos Aires escribió el poema más estremecedor sobre los judíos asesinados en Europa. Nadie pudo escribir con mayor razón:

"Soy como una valija rotulada en todas las aduanas del mundo...

Y soy triste y cordial como un legítimo argentino..."

Recuerdo –y Horacio Salas lo puede confirmar– que le hemos rendido homenajes varios en vida, estando él vivo tuvimos el placer de decirle que era un gran poeta, eso que muchos no se atreven a decir ni aun hoy. Que es un gran poeta y que un gran poeta es un verdadero milagro y que hay que poder darse cuenta. Raúl albergaba *la palabra y el sueño, la realidad y el juego de lo inconsciente*. Qué bueno que su amor a la ciudad sea por fin reconocido. Gracias señora concejala



TUÑON

y su mujer, María Teresa León, y con el poeta Arturo Cuadrado, que sigue caminando las calles de nuestra ciudad y escribiendo poesía a la sombra de las muchachas en flor. Estaban los ex combatientes de la Guerra Civil Española, todos solidarios, todos amigos de Raúl, quien había compartido esos avatares y la fraternal Casa de las Flores, en Madrid, con Federico García Lorca, Miguel Hernández y Pablo Neruda.

Ahora llegaban a Buenos Aires otros escritores exiliados, los del Paraguay: Augusto Roa Bastos, Herib Campos Cervera y el muy joven Elvio Romero, que sabía de memoria los poemas de Raúl González Tuñón. Con Elvio y con Raúl fuimos a la casa de Lila Guerrero, la traductora de Maiacovsky y compañera del historiador Luis Víctor Sommi, el biógrafo de Alem y de Yrigoyen, que intentaba comprender el incipiente peronismo.

Los tiempos habían cambiado; habían pasado muchos años desde las bulliciosas reuniones de los poetas martinfierristas, de las discusiones de los muchachos de Florida y de Boedo, esa bohemia que Raúl había vivido intensamente. Solía recordar a Ricardo Güiraldes, cuando éste alquilaba un palco en el Tabarís y tomaban champagne con el poeta Oliverio Girondo y su mujer: la novelista Norah Lange, y con Leopoldo Marechal, quien fuera rival de Raúl en los prodigios del tango.

El poeta de la ciudad había asistido a las primeras manifestaciones obreras en hombros de su abuelo Manuel Tuñón y recordaba a los operarios de la casa Snorkel, donde trabajaron sus parientes. Recordaba también a los mártires de la Plaza Lorea, a los indómitos obreros desafiando los sablazos de la policía brava. "Boedo, Chiclana, Inclán, calles del suroeste, donde hoy, igual que ayer, como ásperas arenas, crece el desasosiego y hay fuertes corazones en la lucha...". El poeta de las insurrecciones populares lo era también de los barrios amados: cantó a las orquestas de señoritas y a una clínica de muñecas que había por Villa Crespo, a las cajitas de música, al barco en la botella, al letrero del aperitivo Monte Cudine, a un payador del Parque Goal, a la librería "La Incógnita" de la calle Sarmiento al 1400, a un cementerio de ingleses cercano al Mercado Spinetto y a los bares de "nombres gringos" como New Cross, White Corner, Avon Bar y a la casa de Eduardo Arolas por Barracas, a una cancha de bochas del barrio de Colegiales, a los bancos de las plazas donde se sientan los jubilados, a los despachos de bebidas, a los mascarones de proa de los barcos hundidos que están en el Museo de la Boca del Riachuelo, a los espejos de las peluquerías, a la pianola de un café frente a la antigua Casa de Moneda, a las mascaritas de carnaval y los buzones, al Parque Lezama y las esquinas olvidadas.

Caminábamos y me hablaba de su hermano Enrique, también escritor, con el que se habían querido tanto. Contaba historias increíbles como la de la Señorita Muerta, la hija de un médico del Once a quien el padre había embalsamado y sentado en la sala, para escándalo de sus pacientes. Raúl contaba lo increíble con un tono razonable, de persona sensata, prudente. Hablaba en un tono bajo, confidencial, como si quisiera transmitirnos sus secretos, sus trucos de poeta y prestidigitador.

Su doble, su alter ego: Juancito Caminador, presintió su muerte y adelantó su epitafio:

Juancito Caminador...
Murió en un lejano puerto
el prestidigitador.
Poca cosa deja el muerto.

Terminada la función
–canción, paloma y baraja–
toda cabe en una caja.
Todo, menos la canción.

Durante años no nos vimos. Lo reencontré una noche de 1974, poco antes de que Raúl muriera. Y caminamos otra vez, por la calle Corrientes, demorando la despedida



HOMENAJE A UN POETA COMUNISTA

M. M.

Ante los valores que se plantean hoy como deseables, dominantes y triunfantes, si hay un sector del peronismo que cree que tiene afinidad, y no sólo estética, con González Tuñón, me parece un hecho importante", sostiene Juliana Marino, concejala del Partido Justicialista, para explicar su proyecto, para declarar de interés municipal la obra del autor de *La calle del agujero en la media*. Una medida cuyos alcances son la obligatoriedad de la presencia de sus libros en todas las bibliotecas municipales. El proyecto fue aprobado por el bloque justicialista y acompañado por ediles de las demás fuerzas políticas.

En realidad, el proyecto se inició con una placita situada en el barrio de Once, más exactamente en Hipólito Yrigoyen y 24 de noviembre. "Fue un espacio verde muy peleado durante muchos años. Yo vivo en Once y además es mi territorio político, un barrio que está muy deteriorado, muy decaído, es muy impersonal y hablando con una compañera mía que es escritora y buscando el nombre de la plaza, como González Tuñón había nacido en la calle Saavedra, nos parecía que ponerle su nombre era una forma de recuperar una identidad para el barrio. Que haya allí una placa que diga 'Raúl González Tuñón, poeta' podía ofrecerle, sobre todo a los jóvenes, una idea que tenía que ver con la forma en que se había conquistado la plaza que había sido el depósito del Teatro Colón que se incendió y que está en la misma cuadra de la Facultad de Psicología."

La charla se desarrolla en el despacho de Marino mientras por las ventanas entra el estruendo de los bombos de una manifestación de vendedores ambulantes. La pregunta sobre la iniciativa de una concejala justicialista que elige a un poeta que siempre hizo profesión de fe comunista exige una respuesta en dos tiempos. "La política en términos generales nos hace más sectarios de lo que somos o que la propia naturaleza de la política nos obliga a ser. Hay una realidad y un mito: ha habido una cierta intolerancia por parte del peronismo y también ha habido exageraciones en relación a la intolerancia del peronismo. En la relación de la política con la cultura tiene prevalencia lo estético, pero no sólo eso. Creo que la preocupación social, entre otras de Tuñón, puede ser las de personas que pertenecen a otros partidos políticos o con otra ideología. Rescato también una forma de sentir y expresar lo social -aunque no lo rescato sólo como poeta social– que puede ser compartida desde diferentes posturas. Hace muchos años que estoy alejada de discusiones de esta naturaleza de las que me cansé un poco. Hoy más que nunca creo que esto debería sumar."

De todas maneras, Marino se sorprende cuando se le señala que hay pocas ediciones de la poesía de González Tuñón y cuando se le pregunta cuál es la efectividad para la difusión de su obra de medidas como éstas. "Cuando se tiene un lugar determinado, como el de ser concejal, se utilizan las herramientas disponibles. Yo no tengo, diría, la posibilidad de que las currícula lo incluyan y de que no haya escritores ni poetas desterrados. Lo que se busca es tensar la norma. Sé que hay alguna antología nueva de Tuñón, habría que ver qué se puede hacer por la reedición de su obra desde la municipalidad, tal vez una reunión con la Cámara del Libro."

Best Sellers///

Ficción

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Mañana, tarde y noche*, por Sidney Sheldon (Emecé, 19 pesos). Un millonario muerto accidentalmente, una hija no reconocida reclamando parte de la herencia y una familia demasiado ocupada en ocultar negocios turbios conforman el cuadro de la nueva novela de Sheldon.	2	11
2	*El séptimo papiro*, por Wilbur Smith (Emecé, 24 pesos). Continuación de *Río sagrado*, el libro continúa la aventura en una Africa actual donde un matrimonio encuentra un papiro que revela la ubicación de los restos del faraón Mamose. A partir de ahí se desata una carrera por obtener los beneficios que esconde la tumba del faraón.	1	3
3	*La isla del día de antes*, por Umberto Eco (Lumen, 28 pesos). Eco ataca de nuevo con estilo *El nombre de la rosa*. Un náufrago llega a un barco abandonado y desbordante de extrañas maquinarias y prodigiosas invenciones. Allí, solo y condenado a no alcanzar jamás una isla próxima, el atribulado narrador desenredará los hilos de su existencia y de su época en sentidas cartas a una Señora igualmente inasible.	3	10
4	*Santa Evita*, por Tomás Eloy Martínez (Planeta, 19 pesos). Las desventuras del cadáver de Evita, las historias secretas de la musa del peronismo y las investigaciones del autor-narrador son los tres afluentes de esta novela saludada por Gabriel García Márquez como un acontecimiento literario.	5	18
5	*La hora sin sombra*, por Osvaldo Soriano (Tesis-Norma, 15 pesos). A partir de un encargo para escribir una guía de pasiones argentinas, el autor escribe una novela con humor negro basada en el azar de sus encuentros y en sus relaciones casuales.	–	1
6	*La novena revelación*, por James Redfield (Atlántida, 22 pesos). Un hombre viaja a Perú en busca de cierto manuscrito que contiene las nueve revelaciones sobre la vida y sus misterios. Quién sabe si lo halló o no: lo cierto es que inauguró la novela new age.	4	55
7	*Legítima defensa*, por John Grisham (Planeta, 22 pesos). El autor de Fachada y El cliente vuelve con una trama que incluye, como ya es su costumbre, intriga jurídica y quiebra moral.	6	2
8	*Jaque al poder*, por Tom Clancy (Sudamericana, 16 pesos). El autor de *Juego de patriotas* y *Peligro inminente* vuelve a tejer una intriga en torno al poder y al gobierno de Estados Unidos. Esta vez el problema es un centro especializado en el manejo de situaciones límites que depende de los servicios de inteligencia y defensa y que es sometido a una difícil prueba.	10	2
9	*El mundo de Sofía*, por Jostein Gaarder (Siruela, 35 pesos). Una protagonista de quince años que responde al sugestivo nombre de Sofía deambula en medio de una historia novelada de la filosofía a la que se le suman elementos de suspenso y un manual de los puntos más importantes de la filosofía occidental desde los griegos a Sartre.	7	14
10	*El Bar celestial*, por Tom Youngholm (Atlántida, 18 pesos). Un hombre en busca de un destino que lo satisfaga. Buscando un trabajo y una profesión que lo aleje de las penurias que lo rodean, huye de una figura oscura y amenazadora que lo obsesiona.	8	3

Historia, ensayo

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Año 2000, Las profecías*, por Víctor Sueiro (Planeta, 17 pesos). El autor de *El ángel* escribe ahora sobre los cambios que en la actualidad van anticipando el año más esperado, al tiempo que analiza las predicciones que hombres como Nostradamus se atrevieron a esbozar.	4	3
2	*No me dejen solo*, por Bernardo Neustadt (Planeta, 22 pesos). Un relato autobiográfico de uno de los periodistas más famosos y más discutidos de la Argentina. Neustadt relata la historia nacional en primera persona y explica su posición ambigua ante los sucesos más importantes y trascendentes.	5	2
3	*El libro de las virtudes*, por William J. Bennett (Vergara, 28 pesos). Textos breves que hablan de la filosofía de la vida y del mundo con la intención de generar, con la modalidad de un libro de autoayuda, reflexiones útiles a las personas.	1	9
4	*Eva Perón*, por Alicia Dujovne Ortiz (Aguilar, 18 pesos). Una nueva biografía de la mujer más importante que tuvo la historia argentina donde se relatan desde los ingredientes del melodrama y de la novela policial que fueron parte de la vida de Evita hasta los hechos que la llevaron desde su origen al cargo simbólico de jefa espiritual de la Nación.	2	5
5	*La novena revelación: Guía vivencial*, por James Redfield y Carol Adrienne (Atlántida, 14,90 pesos). Complemento de la exitosa novela, este libro de autoayuda desarrolla extensamente las utilidades de las nueve revelaciones para descubrirlas en la vida cotidiana.	8	23
6	*Diálogos con la historia y la política*, por Natalio R. Botana y Félix Luna (Sudamericana, 15 pesos). Un debate entre dos de los más importantes historiadores argentinos de los cuales surgen, como temas centrales, los procesos que han confluido para elaborar nuestra realidad y la forma en que la Argentina ha sido gobernada.	10	6
7	*Ser digital*, por Nicolás Negroponte (Atlántida, 21 pesos). La influencia de las computadoras en la vida del ser humano. Cómo será la convivencia entre las máquinas y el hombre en el futuro y cuál será el desarrollo de los seres digitales en el siglo XXI.	6	13
8	*Historia integral de la Argentina, IV*, por Félix Luna (Planeta, 22 pesos). El cuarto de los nueve volúmenes que conforman la obra del autor de *Soy Roca*. El libro abarca los comienzos del siglo XIX, abordando temas como los cambios en el Río de la Plata después del rechazo de los ingleses y los factores que incidieron en la Revolución de Mayo de 1810.	3	6
9	*Nada más que la verdad*, por Sergio Ciancaglini y Martín Granovsky (Planeta, 19 pesos). Una selección de textos sobre la guerra sucia, las confesiones y autocríticas militares. Testimonios de los sobrevivientes, de familiares de desaparecidos y de los abogados del juicio a las Juntas y las declaraciones de Massera en un libro queamplía las crónicas con que sus autores ganaron el Premio Rey de España.	9	9
10	*Blanca y radiante*, por Gabriel Pasquini y Eduardo De Miguel (Planeta, 22 pesos). A través de datos oficiales y extraoficiales recogidos en Washington, Bogotá, La Paz y Buenos Aires, los autores reconstruyen la historia de las drogas y su prohibición. Desde el opio ensalzado por Heródoto hasta el auge de la cocaína en la era actual, el libro traza un mapa de uno de los negocios mundiales más importantes.	7	6

Librerías consultadas: Del Turista, Expolibro, Fausto, Gandhi, Hernández, Librerío, Librería del Fondo, Norte, Prometeo, Santa Fe, Yenny (Capital Federal); Boutique del Libro (Lomas de Zamora); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Laborde, Lett, Nueve de Julio, Ross, Técnica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).
Nota: Para esta lista no se toman en cuenta las ventas en kioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas: esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión.

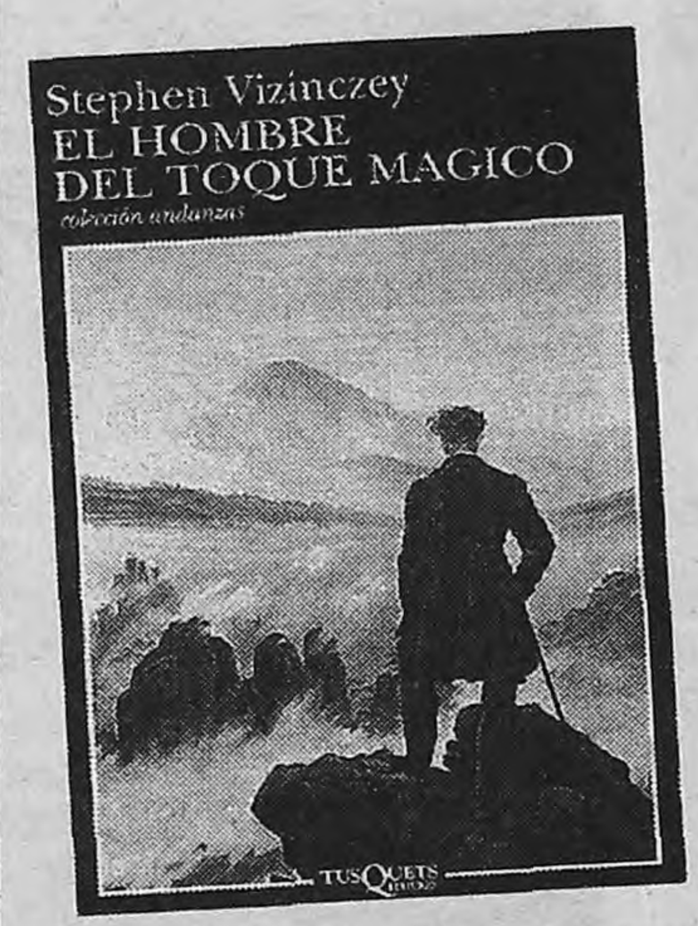
RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Martín Caparrós: *La patria capicúa* (Altamira): Una recopilación de artículos periodísticos del autor de *Larga distancia* y *La noche anterior*, aparecidos entre 1990 y 1994 que funcionan, leídos en conjunto, como una lúcida visión de un país que tiene la suerte de vivir bajo una presidencia capicúa.

Carnets///

FICCION

Los esplendores de la sátira



El hombre del toque mágico, por Stephen Vizinczey. Tusquets Editores, Colección Andanzas, 276 páginas.

Tres novelas le bastan a Stephen Vizinczey para ser considerado uno de los autores fundamentales de la literatura inglesa contemporánea. Con su tercera novela, *El hombre del toque mágico*, alcanza su consagración definitiva retratando la sociedad contemporánea como un Balzac en los tiempos de Internet. Las ilusiones perdidas balzacianas también se vuelven a perder en esta obra para finalmente recuperarlas con un toque mágico de la mejor literatura.

Stephen Vizinczey (Hungría, 1933) al igual que Conrad o Nabokov, adoptó el inglés para escribir y abandonó su lengua materna, el húngaro. Antes ya había dejado su país por cuestiones políticas y se había trasladado a Canadá llevando consigo no más de una docena de palabras en inglés. En ese país trabajó en los más disímiles oficios mientras aprendía el nuevo idioma. Luego se trasladó a Estados Unidos y posteriormente a Londres donde reside en estos momentos. Si bien en Hungría se había dedicado al teatro y a la poesía, con el cambio de lengua hizo lo propio con el género: su primera obra en inglés fue la novela *En brazos de la mujer madura*, cuyos gastos de edición debió costear con su propio dinero. El éxito, sin embargo, no se hizo esperar. La crítica lo consideró desde entonces como uno de los mejores escritores en lengua inglesa. Dato que confirmó con su segunda novela, *Un millonario inocente*, y se reafirmó en sus múltiples ensayos reunidos primero en *The Rules of Chaos* y luego en *Verdades y mentiras en la literatura*.

"El número de suicidios aumenta en época de vacaciones. Es un hecho curioso, que tiene su explicación" comienza a relatar Vizinczey en *El hombre del toque mágico* y de entrada sumerge al lector en una trama marcada por el inminente suicidio del protagonista, Jim Taylor, un obeso cincuentón que acaba de ser despedido de su trabajo y que fracasó en casi todos los aspectos de la vida salvo en uno: el amor. Casado por más de treinta años con una mujer maravillosa, Jim no ha podido impedir ver cómo su vida se fue transformando en un infierno lleno de frustraciones: madre asesinada, padre indiferente, habilidades musicales mediocres, un aborto con graves consecuencias, un trabajo que termina transformándose en una tortura, etc. En las primeras ciento diez páginas, Vizinczey pone toda su capacidad narrativa para relatar una caída anunciada en un mundo donde impera el egoísmo, la estupidez de los poderosos y las intenciones de Jim de hacer menos infernal su vida y la de los que lo rodean. A partir de ese momento, cuando ya nada puede ser peor, Vizinczey se transforma él en "el hombre del toque mágico", arrasa con cualquier concepto de realismo y se termina de recibir de genio.

Sólo alguien que está de vuelta de todo en la literatura puede hacer lo que lleva a cabo en esas páginas; porque no solamente cambia de género en la mitad del río sino que incorpora un personaje increíble pero que el enorme talento de Vizinczey consigue transformar, a las pocas páginas, en un personaje verosímil. Y cuando un escritor convierte en creíble la invención más disparatada es porque ha llegado al pináculo de su carrera.

El rumbo de *El hombre...* se desvía notablemente pero las que se mantienen siempre en su mismo carril son las obsesiones de Vizinczey: la estupidez sin gracia de los seres humanos y la esperanza (escondida, amordazada, pero siempre latente) de transformar "este sitio" (el planeta Tierra) en un lugar menos infernal y más amable. *El hombre del toque mágico* es una invitación a la

mejor literatura, con medidas dosis de reflexiones, sensualidad, ingenio y dramatismo. Siempre con una escritura diáfana acompañada de un espíritu satírico que lo hace partícipe de la mejor tradición literaria británica.

SERGIO S. OLGUIN

ENSAYO

El reino del nariguetazo

BLANCA Y RADIANTE. Mafias, poder y narcotráfico en la Argentina. Por Gabriel Pasquini y Eduardo De Miguel. Editorial Planeta. Colección Espejo de la Argentina. 445 páginas.

Es la primera vez que se escribe sobre drogas en la Argentina sin usar eufemismos ni términos académicos. Gabriel Pasquini y Eduardo de Miguel trazan un largo itinerario donde combinan la historia contemporánea de América latina con los mecanismos que se usaron –y se usan– para comercializar estupefacientes. Aunque jamás lo reconocerán en público, *Blanca y radiante* ya se convirtió en un clásico de los funcionarios de la administración menemista que no se cansan de lidiar con escándalos vinculados al narcotráfico y al lavado de dinero sucio.

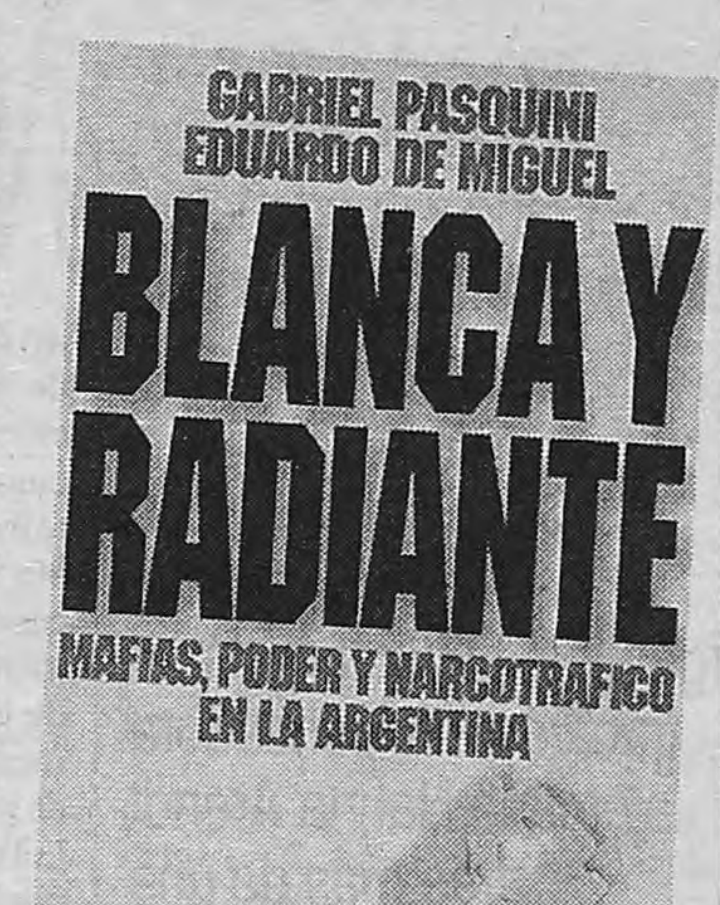
En *Blanca y radiante* se puede leer cómo José López Rega empujó una ley de estupefacientes para frenar supuestamente el tráfico de anfetaminas que lideraba un senador radical y descubrir luego que, en realidad, El Brujo era jefe de la banda, según un informe secreto del Ejército.

Además de hacer justicia con el creador de la Triple A, Pasquini y De Miguel revelan cómo fue la Operación Langostino y describen la actuación de Carlos Savignon Belgrano, vigorosamente defendido por la embajada de Estados Unidos en Buenos Aires y el Poder Ejecutivo. Para estos dos periodistas, Savignon Belgrano no era parte de la organización y su pasado estaba vinculado con el robo de hoteles alojamientos.

Pero este libro no termina en los casos más resonantes del lavado y narcotráfico en América latina, sino que explica por qué Estados Unidos tiene una actitud dubitativa y cautelosa ante los negocios emprendidos por los carteles de la droga. Pasquini y De Miguel hacen centro en los químicos que se utilizan para producir la cocaína y ponen en claro que estos insumos significan un gran negocio para los empresarios norteamericanos.

En otras páginas de *Blanca y radiante* se publica información que el ex secretario de la Droga, Alberto Lestelle, jamás se preocupó en acercar a los medios de comunicación. Los dos autores informan, con mapas y estadísticas, qué países son considerados ideales para lavar dinero sucio, cómo son las rutas del tráfico mundial de heroína y cocaína y qué sucede realmente en América latina respecto al comercio de estupefacientes.

Tras demostrar que la Argentina ya no es solamente un lugar de paso que usan los carteles, *Blanca y radiante* describe las operaciones del Banco de Crédito y Comercio Internacional (BCCI), una entidad que se utilizó en el mundo para lavar dinero de la droga y la venta de armas. Pasquini y De

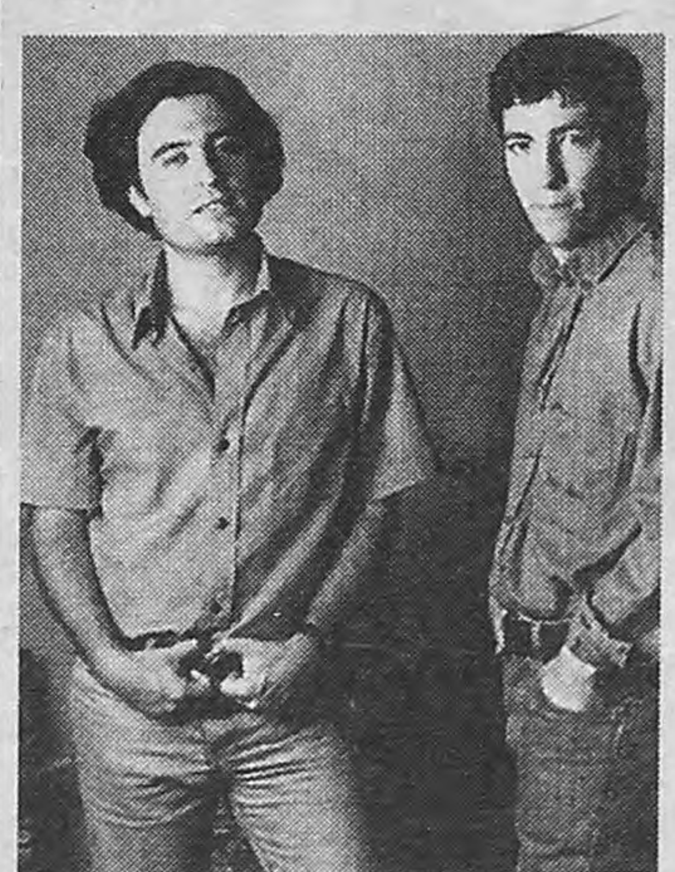


Miguel explicitan los contactos de Gaith Pharaon –numen del BCCI– con importantes políticos radicales y peronistas y cuentan la investigación que el Senado norteamericano hizo al respecto.

En uno de sus últimos capítulos, el libro hace referencia a la actuación de la Secretaría de la Droga antes que Lestelle lanzara su teoría del nariguetazo parlamentario. Los dos escritores revelan que el farmacéutico de Olavarría se había convertido en un representante de la DEA en la administración menemista y que sus primeros informes pusieron en un brete a la Casa Rosada, ya que trataron sobre amigos e influyentes del Poder Ejecutivo.

La publicación tiene un apéndice que hará las delicias de los lectores que necesitan datos básicos, bien escritos y actualizados. Además cuenta con una larga lista de fuentes, libros e informes públicos y reservados que permitirán analizar toda la información en un contexto.

En suma, un trabajo ideal para aquellos que quieren entender por qué Amira Yoma, Monzer Al Kassar, la DEA, Pharaon, los langostinos, el clan Saadi y las valijas Samsonite se hicieron tan famosos en este país generoso.



NOVELA

Un periodista y un psiquiatra

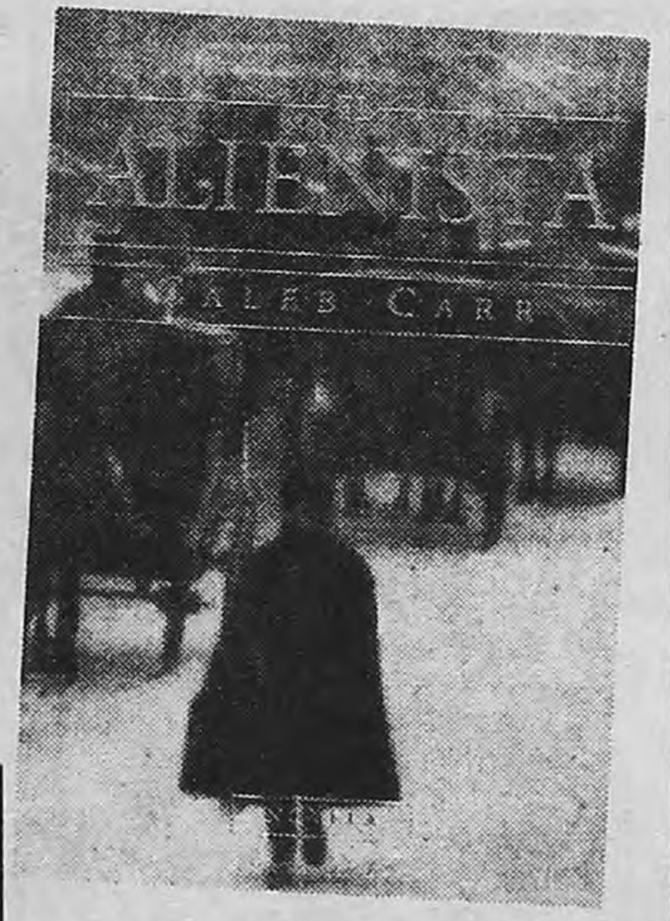
EL ALIENISTA, por Caleb Carr. Ediciones B, segunda reimpresión, setiembre de 1995, 525 páginas.

El mundo del presente ya no tiene misterios", afirmaba Renán, sintetizando cómo las conquistas científicas del siglo XIX –Darwin de por medio– sustentaron una confianza ilimitada en las fuerzas del hombre. Sin embargo, fenómenos como la histeria, la melancolía, la locura seguían molestando al no quedarse conformes en el pedestal orgánico donde se intentaba acomodarlas. Fines del siglo XIX y las ciencias llamadas humanas buscaban desesperadamente los indicios y las huellas que les permitieran codificar las diferencias entre racional-irracional, norma-patología, verdadero-simulación, como un modo de organizar, clasificando, la anárquica peligrosidad de las multitudes. Es que la violencia ha crecido con las ciudades y su cotidianeidad vuelve insuficiente el término "loco" para caracterizarla. Se abren los cadáveres para identificar a los criminales; se pesan los cerebros; se toman medidas de estatura, mano, pie, nariz, oreja y se confeccionan con ellas los primeros archivos de delincuentes peligrosos.

La literatura se apropia de las diferentes formulaciones teóricas y metodológicas y los escritores toman partido. Relatos de fondo cientificista suceden a las fantasías románticas; así un criminal deja de ser un poseído o endemoniado para convertirse en algo que puede ser justificado científicamente y las ciencias de moda funcionan como punto de partida y marco de referencia teórica para explicar aquellos comportamientos humanos que traicionan los modelos del pensamiento moral.

En este sentido Caleb Carr en su novela *El Alienista* sabe aprovechar al máximo toda la riqueza de una época en la que la sociedad es asimilada a un cuerpo enfermo que es necesario estudiar. Desde lo anecdótico trabaja sus principales estigmas: los asesinos, los inmigrantes, la homosexualidad, la prostitución, los bajos fondos de una Nueva York de fines de siglo XIX, en pura ebullición de cambios. Para narrarlo elige la forma de un relato policial pero, siguiendo la tendencia de los escritores de la época, la resolución del misterio es el pretexto para ficcionalizar las discusiones científicas sobre el actuar violento, y comprobar la veracidad de una hipótesis.

En Nueva York, primavera de 1896, Theodore Roosevelt es presidente de la Junta de Comisarios de la ciudad y ante la aparición de un nuevo cadáver mutilado organiza una investigación que dada las características de las víctimas –jóvenes inmigrantes dedicados a la prostitución– debe realizarse fuera de la vía oficial. John Moore, reportero de información policial para el *New York Times* y el Dr. Lazlo Kreizler, médico y alienista, cuyo testimonio podía determinar si a una persona se la debía



mandar a la cárcel, a una institución mental o si podía regresar a la calle, son los encargados de resolver estos asesinatos que parecían no tener solución.

Más que apresar al asesino lo que está en juego es definir qué constituye a un auténtico homicida para diferenciarlo o no de los "auténticos locos". Para el doctor Kreizler todo comportamiento humano es producto de un "contexto"; representante del determinismo psicológico, defiende la teoría de que las acciones de cada hombre se ven influidas en gran medida por sus primeras experiencias. De este modo, las "personalidades psicópatas" son productos de un ambiente extremo durante la infancia y no de una patología específica. Su posición, duramente atacada por denunciar que la sociedad "puede producir hombres cuerdos que cometen actos terribles", se opone al libre albedrío a base de pura voluntad de su maestro William James y a los intentos de Spencer para interpretar las actividades de la mente en términos de pura función física.

Igualmente, más allá del atractivo de esta arqueología de saberes, *El alienista* seduce por desplegar un método lógico deductivo que va armando un retrato imaginario de la persona que podría cometer esos asesinatos. El recorrido que lleva a confeccionar la lista de atributos del asesino, basado en los principios teóricos de Kreizler, predispone al lector –una vez conocida la teoría– a participar activamente de la búsqueda. Partiendo de las marcas dejadas en los cuerpos y de las historias de vida de las víctimas, se dará con el asesino; pero Caleb inserta –demostrando un gran trabajo de investigación previo a la escritura– esta persecución en otra que termina siendo más peligrosa y atractiva por sintetizar la que históricamente sufrieron todas las teorías científicas cuyas implicaciones políticas e ideológicas podían llegar a desautorizar el modelo establecido por el poder de turno. En *El Alienista*, la teoría del contexto y su corolario de que la violencia es un modo de supervivencia, pone en peligro que la integridad de la familia, junto con la responsabilidad individual de las acciones ante Dios y la ley, sigan siendo los dos pilares de la civilización neoyorquina.

GABRIELA LEONARD

EL NOMBRE SECRETO DE

La desazón frente al panorama que abría el fin de la resistencia en Francia puede tener puntos de contacto con las sensaciones, entre esperanzadas y frustrantes, que abrió la democracia en la Argentina. La lectura de un trabajo de la pensadora alemana Hanna Arendt trae más de una resonancia para intentar comprender un estado de ánimo que siente nostalgia de algo que no alcanza a definirse. Este ensayo forma parte de una selección de textos, editado por Paidós, desconocidos en español y que en los próximos días estará en las librerías.

HANNA ARENDT

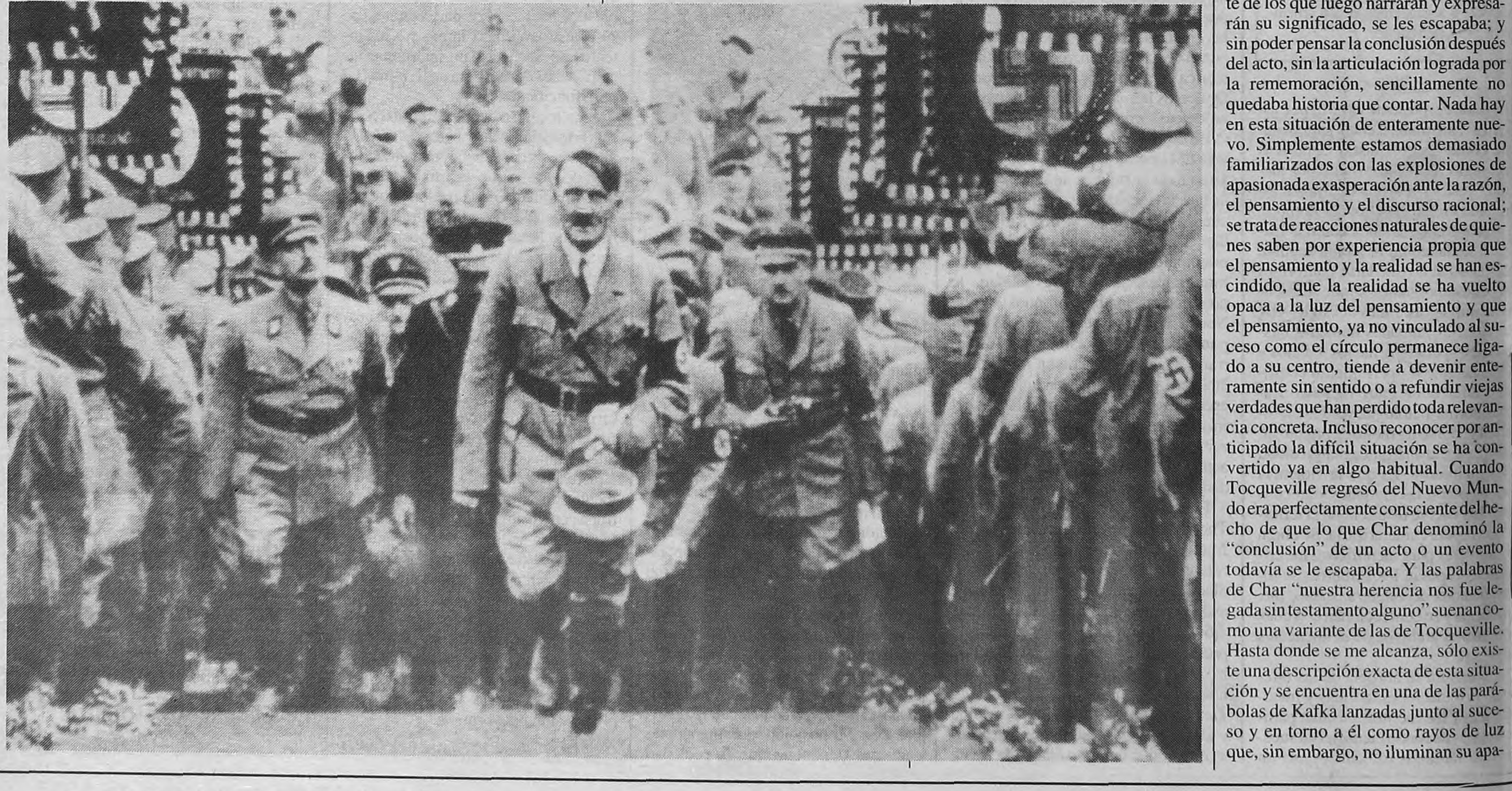
Nuestra herencia nos fue legada sin testamento alguno" ; éste quizás es el más raro de los aforismos extrañamente lacónicos en los que René Char, poeta y escritor francés, condensó lo esencial de lo que cuatro años en la Resistencia habían llegado a significar para toda una generación de escritores y hombres de letras europeos. Un acontecimiento totalmente inesperado, el colapso de Francia, había vaciado, de un día para otro, la escena política de su país, dejándola a merced de las bufonadas de bellacos o de locos, y aquellos que, hasta el momento, no habían sentido la necesidad de participar en los asuntos oficiales de la Tercera República fueron absorbidos por la política como por la fuerza de un vacío.

De este modo, sin presentirlo y probablemente en contra de sus inclinaciones conscientes, llegaron a constituir de grado o por fuerza un ámbito público –oculto a los ojos de amigos y enemigos sin la parafernalia de la burocracia–, donde todos los asuntos concernientes al país fueron tramitados por medio de la palabra y la acción.

No duró mucho. Después de unos breves años fueron liberados de lo que originariamente habían entendido como un "peso" y fueron devueltos a lo que ahora reconocían como la ingrávida irrelevancia de sus asuntos personales, una vez más, separados "del mundo de la realidad" por la triste opacidad de una vida privada centrada solamente en sí misma. Y, si ellos rechazaron "volver a (sus) auténticos inicios, a (su) conducta más indigente", sólo les era dado volver a la vacía y antigua contienda entre ideologías contrapuestas, que, después de la derrota del enemigo común, ocuparon una vez más la arena política para disgregar a los antiguos camaradas de armas en innumerables camarillas, que ni siquiera eran facciones, y para comprometerlos en interminables polémicas e intrigas de una guerra de papel. Lo que Char había previsto, anticipado claramente, mientras la guerra real todavía seguía su curso –"Si sobrevivo, sé que tendré que romper con el aroma de estos años esenciales, arrojar (no repudiar) silenciosamente lejos de mí mi tesoro"– había ocurrido. Habían perdido su tesoro.

¿De qué tesoro se trata? Tal como ellos mismos lo entendieron, parece haber consistido, por así decirlo, en dos partes interconectadas: habían descubierto que quien "se unió a la Resistencia, *se encontró* a sí mismo", cesó de "buscarse sin maestría, en desnuda insatisfacción", y ya no se sintió sospechoso de "insinceridad", de ser "un actor intrigante y receloso de la propia vida", pudo afrontar "ir desnudo". En esta desnudez, despojados de toda máscara –tanto de aquellas que la sociedad asigna a sus miembros como de las que el individuo se fabrica por sí mismo en sus reacciones psicológicas contra la sociedad– fueron visitados por primera vez en su vida por una aparición de la libertad y, por supuesto, no por haber actuado en contra de la tiranía y de cosas peores que la tiranía -esto era cierto para cualquier soldado de las fuerzas aliadas–, sino porque habían devenido "oponentes", habían tomado la iniciativa y, por consiguiente, sin saberlo o incluso a sabiendas, habían empezado a crear entre ellos el espacio público donde la libertad podía aparecer. "En cada comida en común, invitamos la libertad a tomar asiento. La silla permanece vacante, pero el cubierto está puesto." Los hombres de la Resistencia europea no fueron los primeros ni los últimos en perder su tesoro. La historia de las revoluciones –desde el verano de 1776 en Filadelfia y el de 1789 en París al otoño de 1956 en Budapest–, que políticamente explica con detalle la historia secreta de la Edad Moderna, podría ser contada, en forma de parábola, como la leyenda de un viejo tesoro que, en la más diversas circunstancias, aparece súbita e inesperadamente y desaparece de nuevo, en condiciones misteriosas diversas, como si se tratara de una fatamorgana. Hay efectivamente muy buenas razones para creer que el tesoro nunca fue real sino un espejismo y que no tenemos que lidiar, pues, con nada sustancial sino con una aparición, y la mejor de estas razones es que hasta ahora este tesoro ha permanecido sin nombre. ¿Hay algo, no en el espacio exterior sino en el mundo y en los asuntos de los hombres sobre la tierra, que no tenga nombre? Pero, con todo, si volvemos la mirada hacia los inicios de esta era, y especialmente hacia las décadas precedentes, podemos descubrir, para nuestra sorpresa, que el siglo dieciocho, a ambos lados del Atlántico, poseía un nombre para este tesoro, un nombre hace tiempo olvidado y perdido –estaríamos tentados de decir– incluso antes de que el mismo tesoro desapareciera. Su nombre en América fue "felicidad pública", que, con sus notas de "virtud" y "gloria", difícilmente entendemos mejor que su contrapartida francesa "libertad pública": nuestra dificultad radica en que en ambas instancias el énfasis estaba en "pública".

Sea como fuere, el poeta alude al anonimato del tesoro perdido cuando dice que nuestra herencia nos fue legada sin testamento. El testamento, al decir al heredero su legítima voluntad, lega las posesiones pasadas a un futuro. Sin testamento o, para resolver la metáfora, sin tradición –la cual selecciona y nombra, transmite y preserva e indica dónde están los tesoros y cuál es su valor– parece no haber ninguna continuidad legada en el tiempo y por tanto, humanamente hablando, ningún pasado ni presente, sólo un sempiterno cambio del mundo y el ciclo biológico de los seres vivos. De modo que el tesoro no se perdió por circunstancias históricas y por la realidad adversa, sino porque ninguna tradición previó su aparición o su realidad, porque ningún testamento lo había legado para el futuro. De todos modos, la pérdida, quizás inevitable en términos de realidad política, fue consumada por el olvido, por un fallo de la memoria, que aconteció no sólo a los herederos, sino, por así decirlo, a los actores, a los testigos, a aquellos que, por un breve momento, habían tenido el tesoro en la palma de la mano; en pocas palabras, a los propios vivos. Y esto es debido a que la rememoración, que es sólo un modo de pensamiento, si bien uno de los más importantes, es impotente fuera de una trama preestablecida de referencia, y a que la mente humana sólo en rarísimas ocasiones es capaz de retener algo totalmente desconectado. Así los primeros que no pudieron recordar cómo era el tesoro fueron aquellos que lo habían poseído y que lo encontraron tan extraño que ni siquiera supieron cómo nombrarlo. En aquel momento esto no los molestó: si no conocían su tesoro, conocían bastante bien el significado de lo que hacían y que éste se hallaba más allá de la victoria y de la derrota: "La acción que tiene un sentido para los vivos sólo tiene valor para los muertos y conclusión para las conciencias que la heredan y la cuestionan". La tragedia no empezó cuando la liberación del país como un todo arruinó de forma casi automática las pequeñas y escondidas islas de libertad que, en cualquier caso, estaban condenadas a muerte, sino cuando resultó que no había ninguna conciencia para heredar y cuestionar, para pensar y recordar. Lo importante de la cuestión es que la "conclusión", que todo acontecimiento representado debe tener en la mente de los que luego narrarán y expresarán su significado, se les escapaba; y sin poder pensar la conclusión después del acto, sin la articulación lograda por la rememoración, sencillamente no quedaba historia que contar. Nada hay en esta situación de enteramente nuevo. Simplemente estamos demasiado familiarizados con las explosiones de apasionada exasperación ante la razón, el pensamiento y el discurso racional; se trata de reacciones naturales de quienes saben por experiencia propia que el pensamiento y la realidad se han escindido, que la realidad se ha vuelto opaca a la luz del pensamiento y que el pensamiento, ya no vinculado al suceso como el círculo permanece ligado a su centro, tiende a devenir enteramente sin sentido o a refundir viejas verdades que han perdido toda relevancia concreta. Incluso reconocer por anticipado la difícil situación se ha convertido ya en algo habitual. Cuando Tocqueville regresó del Nuevo Mundo era perfectamente consciente del hecho de que lo que Char denominó la "conclusión" de un acto o un evento todavía se le escapaba. Y las palabras de Char "nuestra herencia nos fue legada sin testamento alguno" suenan como una variante de las de Tocqueville. Hasta donde se me alcanza, sólo existe una descripción exacta de esta situación y se encuentra en una de las parábolas de Kafka lanzadas junto al suceso y en torno a él como rayos de luz que, sin embargo, no iluminan su apa-



LA REVOLUCION



riencia externa, sino que poseen el poder de los rayos X para poner al descubierto su estructura interna que, en nuestro caso, consiste en el proceso oculto de la mente.

La parábola de Kafka reza como sigue:

El tiene dos adversarios: el primero lo presiona desde atrás, desde su origen. El segundo le bloquea el camino hacia adelante. Lucha contra ambos. En realidad, el primero lo apoya en su lucha contra el segundo, pues lo quiere empujar hacia adelante e, igualmente, el segundo le presta su apoyo en su lucha contra el primero, ya que lo presiona desde atrás. Pero esto sólo teóricamente es así. Pues ahí no están sólo los dos adversarios, sino él mismo también, ¿y quién no conoce sus intenciones? Siempre sueña que, en un momento de descuido –y esto, debe admitirse, requeriría una noche impensablemente oscura–, puede evadirse del frente de batalla y ser elevado, gracias a su experiencia de lucha, por encima de los combatientes como árbitro.

El suceso relatado y penetrado por la parábola sigue, desde el punto de vista de la lógica interna de la cuestión, los eventos que en lo esencial hallábamos en el aforismo de René Char. De hecho, empieza precisamente donde nuestro aforismo inaugural dejaba colgando la secuencia de eventos, por así decirlo, entre cielo y tierra. La batalla de Kafka empieza cuando el curso de la acción ha terminado y cuando el relato que era su resultado espera para ser concluido "en las mentes que lo heredan y lo cuestionan". La tarea de la mente es comprender qué ocurrió y tal comprensión, de acuerdo con Hegel, es el modo humano de reconciliarse con la realidad; su verdadero fin es estar en paz con el mundo. El problema es que si la mente es incapaz de generar paz y de inducir a la reconciliación, inmediatamente se encuentra enredada en su propio tipo de conflicto.

Sin embargo, hablando históricamente, este estadio en el desarrollo de la mente moderna fue precedido, al menos en el siglo veinte, no por uno, sino por dos actos previos. Antes de que la generación de René Char, que aquí hemos elegido como su representante, se encontrara arrojada fuera de las actividades literarias hacia compromisos de la acción, otra generación, sólo ligeramente más vieja, se había vuelto hacia la política para la solución de sus perplejidades filosóficas y había tratado de escapar del pensamiento hacia la acción. Los de esta generación más vieja se convirtieron luego en portavoces y creadores de lo que ellos mismos denominaron existencialismo; el existencialismo, por lo menos en su versión francesa, es primariamente una huida de las perplejidades de la filosofía moderna hacia el compromiso incuestionado por la acción. Y desde entonces, en las circunstancias del siglo veinte, los denominados intelectuales –escritores, pensadores, artistas, hombres de letras, y otros por el estilo (semejantes)– pudieron acceder al ámbito público sóloen la época de la revolución. La revolución llegó a desempeñar, como Malraux en una ocasión observó "el papel que, en otro tiempo, cumplió la vida eterna". El existencialismo, la rebelión del filósofo en contra de la filosofía, no surgió cuando la filosofía se manifestó incapaz de aplicar sus propias reglas al ámbito de los asuntos políticos; tampoco surgió cuando la filosofía se mostró igualmente incapaz de realizar la tarea que le habían asignado Hegel y la filosofía de la historia, es decir, comprender y captar conceptualmente la realidad histórica y los acontecimientos que han hecho del mundo moderno lo que es. Esta situación sólo se convirtió en desesperada cuando las viejas cuestiones metafísicas mostraron ser carentes de sentido; esto es, cuando el hombre moderno empezó a caer en la cuenta de que había llegado a vivir en un mundo en el cual su mente y su tradición de pensamiento no eran capaces de interrogarse adecuadamente, ni siquiera de dar respuestas a sus propias perplejidades. En esta situación, la acción, con su compromiso y su cometido, su ser *engagé*, pareció ofrecer la esperanza, no tanto de resolver todo los problemas, cuanto de hacer posible vivir con ellos sin convertirse, como en una ocasión lo expresó Sartre, en un *salaud*, un hipócrita

EL SILENCIO DE LA RAZON

MARCOS MAYER

En su introducción a esta selección de trabajos inéditos en castellano de Hanna Arendt, el filósofo español Manuel Cruz establece una interesante distinción. Por un lado, existe un tipo de pensadores que saben captar una continuidad de problemas y su obra mantiene una actualidad por la persistencia, a través de la historia, de aquella cuestión de la que se ocupan. Por el otro, están aquellos cuya lectura permite seguir pensando el presente –ese que une un pasado aparentemente lejano y distante como el período posterior a la resistencia francesa con la Argentina posdictadura– y ayudan a comprenderlo, para usar una palabra cara a Hanna Arendt. Esta alemana judía nacida en Hannover en 1906, discípula de Heidegger y de Husserl, emigrada a los Estados Unidos en 1941 escapando del nazismo, fue autora de algunos de los libros fundamentales para acceder a la historia de este siglo: *Los orígenes del totalitarismo*, *Sobre la revolución* y *La condición humana*.

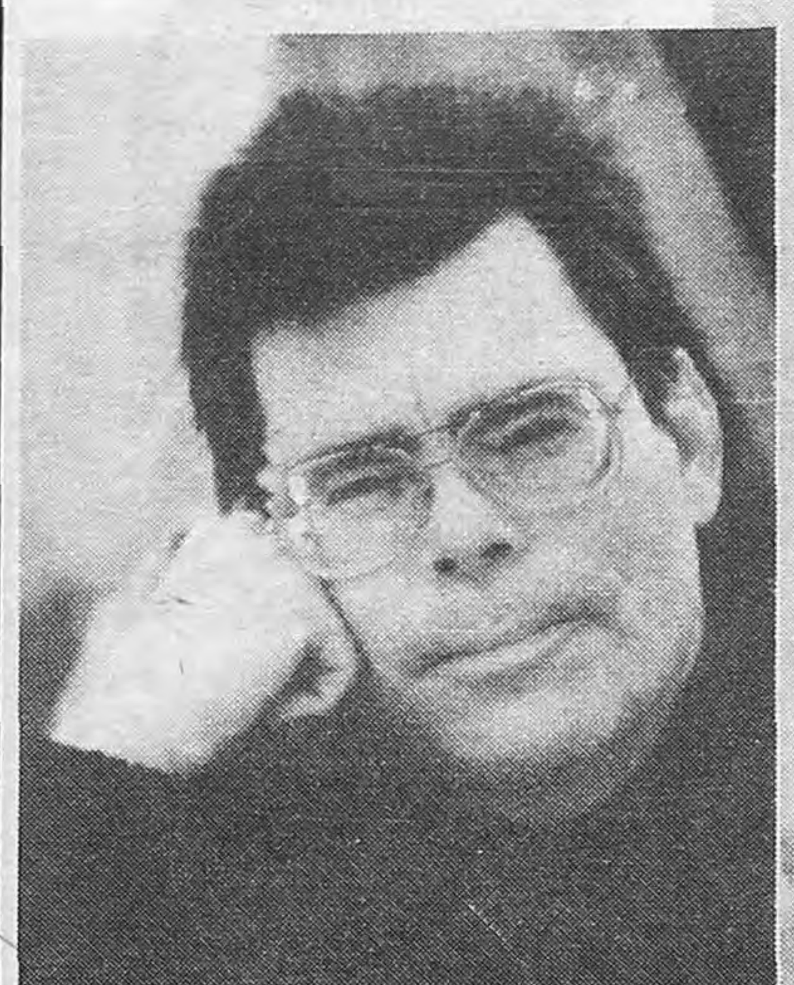
En el artículo seleccionado para este anticipo –el prólogo a *Entre el pasado y el futuro*, publicado en 1961– toma como punto de partida para analizar la relación entre pensamiento y acción dentro del marco de la idea de revolución la experiencia francesa posterior a la resistencia y la liberación durante la Segunda Guerra Mundial. Con todos los reparos y diferencias, algo de ese análisis puede trasladarse a la situación argentina tal vez porque, al menos en parte, la cultura nacional reconoce entre sus fuentes de formación política al pensamiento francés. Desde la presencia de Rousseau en la Revolución de Mayo y la generación del '37 hasta la influencia de Sartre, Althusser y el espíritu de Mayo del '68 en las décadas de 1960 y 1970, sin contar con que el esquema tripartito de poderes es una invención francesa.

Más allá de estos antecedentes, hay una resonancia entre el período de la resistencia francesa y lo acontecido durante y posteriormente a la última dictadura en la Argentina. Baste leer a Sartre cuando compara la ausencia de los amigos secuestrados por los nazis como agujeros habitados por un pulpo oscuro para sentir una similitud que tiene bastante de sobrecogedora. La frase del poeta René Char elegida por Hanna Arendt -"nuestra herencia nos fue legada sin testamento alguno"– habla de la situación argentina de una manera tangencial y certera.

Después de la módica revolución que significó la inauguración de la democracia a finales de 1983, parecía abrirse un espacio donde el presente (vívido y doloroso) parecía poder reconciliarse (una palabra que habría de repetirse para celebrar una victoria sobre la memoria más de diez años después) con el pasado y tender nuevamente las redes que habían unido, al menos teóricamente, a distintos sectores sociales tras la idea de revolución en los '60 y '70. Pero la realidad, compuesta de verdades que se empezaban a saber, de retornos del exilio y de nuevas alianzas políticas, no encontraba el nombre, como le sucede a Char, de ese pasado donde todo se postulaba como posible. Es más, el pacto que hacía posible la reconstrucción con el pasado hacía imposible darle un nombre a ese pasado. Porque, como bien plantea Hanna Arendt, ese pasado había significado una compulsión del plano de la acción sobre el del pensamiento. Y los tiempos posrevolucionarios parecen ser los de la búsqueda de la razón y su instauración definitiva bajo el nombre (que esta vez sí lo hay) de democracia y del reino de la reconciliación del pensamiento con la realidad: ese Hegel presente en la frase de Perón: "Todo lo racional es real, todo lo real es racional".

Los tiempos revolucionarios suelen ser antihegelianos por definición. Baste recordar la consigna de Mayo del '68, tan repetida y pintada en las paredes argentinas: "Sea realista, pida lo imposible". La resistencia, para Char –y el surrealismo y la revolución se dan aquí de la mano– era ese lugar donde estaba abierta la posibilidad de lo imposible porque la realidad no estaba sujeta a ninguna ley previamente impuesta por la razón.Tal vez en esa tensión irreconciliable de la cultura política –que anhela la reconciliación entre realidad y razón, presintiendo que en ese momento utópico toda acción y todo pensamiento pierde su sentido, como lo señala la parábola de Kafka citada por Arendt– resida un malestar que habita a los sobrevivientes de los tiempos de la revolución, aun a aquellos que han hecho la elección suicida de instaurarse en alguna institución. Un malestar cuya clave ocurre en ese lugar sin nombre entre el pasado sin nombre pero siempre vivido como un horizonte que se clava sobre el presente –eso que Nietzsche describía como la enfermedad de la modernidad– y el presente percibido como una herencia sin destino, sin testamento, ilegible desde la razón







LAS PELICULAS DE STEPHEN KING

ECLIPSE TOTAL

Esta vez no será el terror, pero el suspenso atará a las butacas de los cines a los seguidores y fanáticos de las películas de Stephen King. Con el estreno de "Eclipse total", basada en Dolores Clairbone, servirá para un nuevo capítulo del fenómeno Stephen King y su matrimonio con los amantes del terror y el suspenso.

C. E. FEILING

El jueves próximo, cuando se estrene *Eclipse total*, se producirá un fenómeno repetido pero extraño: cientos de personas concurrirán al cine no para ver la última película de su director favorito, o en la que interviene una actriz o actor que les gusta, sino por devoción a un novelista. A muchas de esas personas no les importará que *Eclipse total* (1995, 131 minutos, SAM 16) haya sido dirigida por Taylor Hackford, o que en ella actúen Jennifer Jason Leigh, Eric Bogossian, Christopher Plummer y la extraordinaria Kathy Bates; lo que de veras logrará arrastrarlos al cine es que se trata de una película basada sobre Dolores Clairbone, una novela de Stephen King que Grijalbo publicó en 1993. Como *Misery* (Rob Reiner, 1990), con la que Bates ganó un Oscar, o *Sueños de libertad* (Frank Darabont, 1994), *Eclipse total* no es de terror, el género que King más cultiva. Este detalle, y el simple hecho de que la película tiene lo suyo, quizá le garanticen un mayor éxito de crítica que el que habitualmente alcanzan las "películas de Stephen King": aunque el terror ha estado unido al cine desde sus comienzos –*La mansión del diablo*, de George Méliès, data de 1896; *El gabinete del Dr. Caligari*, de Robert Wiene, de 1919– todavía no consigue ser un género prestigioso.

Cualquiera que haya leído Dolores Clairbone se dará cuenta de que el hábil guión de Tony Gilroy se ha tomado muchas libertades con la novela. Basta con señalar, por ejemplo, que Selena, el personaje de Jennifer Jason Leigh, no aparece en el libro sino a través de los recuerdos de su madre Dolores (Kathy Bates), mientras que en *Eclipse total* comparte el protagónico con ella. Semejantes cambios son habituales en lo que estamos llamando, con todas las comillas del caso, "las películas de Stephen King", pero hay que subrayar que las libertades de Tony Gilroy, justificables y beneficiosas desde un punto de vista cinematográfico, empalidecen frente al abuso que la industria hace del nombre King. El colmo es el caso de *Angustia* (1987), una película del español Bigas Luna que se consigue en video (y donde interviene Zelda Rubinstein, la espléndida vidente de la serie *Poltergeist*), cuya caja la promociona, contra toda evidencia, como obra del escritor.

El devoto de Stephen King se enfrenta, pues, con grandes problemas a la hora de reunir su corpus fílmico. El primer obstáculo es el gran número de películas, lo que refleja tanto la confianza de Hollywood en su nombre como su loca productividad literaria. En 1993, para citar sólo un año, hubo cuatro estrenos King: *Los niños del maíz II: el sacrificio final* (David F. Price), *La mitad siniestra* (George A. Romero, con Timothy Hutton), *Los Tommyknockers* (John Power) y *La tienda de los deseos malignos* (Fraser C. Heston, con Max von Sydow y Ed Harris). En segundo lugar, uno no puede fiarse demasiado de las obras de consulta; el CD-Rom Cinemanía '95, que como archivo es bastante completo, le atribuye veinticuatro títulos, que van desde una película dirigida por él (*Maximum Overdrive*, 1986, con Emilio Estévez) hasta *El regreso de las brujas de Salem* (Larry Cohen, 1987, con David Soul y Samuel Fuller), de la que fue sólo "consultor creativo", pero deja muchísimas cosas afuera. Y aunque es cierto que con paciencia, y probando distintas entradas, Cinemanía escupe algunas películas más, como la original de *Las brujas de Salem* (Tobe Hooper, 1979, con David Soul y James Mason) o *Ellos pueden volver* (Tom McLoughlin, 1991), no incluye miniseries como *It* (Tommy Lee Wallace, 1990), *En manos del tiempo* (Michael Gornick, 1992) o *El Apocalipsis* (Mick Garris, 1994).

Que las obras de consulta no sean muy útiles para reunir información sobre "el cine de Stephen King" se debe, seguramente, al prejuicio contra el terror señalado arriba. Antes de detenerse en este punto, sin embargo, conviene hacer una salvedad. A diferencia de escritores como John Grisham o Michael Crichton, King no escribe pensando en la versión fílmica del libro. Novelas como *The Stand* (base de *El Apocalipsis*), *Needful Things* (*La tienda de los deseos malignos*) o las que integran *Cuatro después de la medianoche* tienen todo el peso, el trabajo con los personajes y el deleite en las descripciones que caracterizan a la "alta" literatura, esa que merece seminarios y congresos con viáticos pagos. Cuando King ha escrito directamente para el cine, ha fracasado como en *Maximum Overdrive* o producido películas encantadoras y tributarias como *La maldición de los sonámbulos* (Mick Garris, 1992), abierto homenaje al clásico de Jacques Tourneur *La marca de la Pantera* (1942), que no podía sino incluir cameos de los directores Joe Dante, John Landis y Tobe Hooper, del novelista Clive Barker y del propio King, todos amantes confesos de la sangre y la medianoche.

Los fans del cine de King no necesitan que se los tiente con el anzuelo de que *Eclipse total* es una película "seria", que toca temas como el abuso sexual de niños, la vejez y el vínculo madre-hija. De hecho, es posible que hasta se sientan un poco desilusionados por la ausencia de elementos sobrenaturales. Para el otro público, el que desprecia o dice despreciar al cine de terror, esta versión de Dolores Clairbone puede constituir un buen curso de ingreso a la universidad del pánico. Lo que molesta del terror, ya sea literario o en el cine, es su proximidad con lo pornográfico, que no pasa solamente por deleite sádico de la violencia, sino que cala mucho más hondo. Terror y pornografía son los dos únicos géneros que buscan producir un efecto específico sobre la audiencia: excitación y miedo, efectos que por otra parte están siempre tan unidos que quizá convenga hablar de uno solo, y por ende de un solo género terror-pornografía. Lo que molesta de Stephen King es que haya alcanzado tanto éxito practicando un género que despierta el rechazo, la moralina de muchos. Ni la literatura ni el cine se justifican con estadísticas, pero a veces éstas ayudan a comprender la popularidad de ciertos temas, que no es más que la popularidad de ciertos temores. Solamente en el país de Stephen King hay, hoy por hoy, 4,9 millones de personas sometidas a algún tipo de control judicial, de las cuales 958.704 se encuentran en prisiones estatales, 95.034 en prisiones federales y 446.000 en cárceles locales. La violencia no parece, pues, limitarse a la pantalla o el libro.

El 31 de octubre de 1994 hubo una pequeña revolución en el ambiente literario de Estados Unidos. En esa fecha la *New Yorker*, la revista más prestigiosa del país, publicó por primera vez un relato de Stephen King, "The Man in the Black Suit" ("El hombre de negro"), confiriéndole así al novelista una respetabilidad largamente negada. Quizá llegue el día en que el desigual pero riquísimo cine de King se vuelva también respetable. De momento, vale la pena ver la nueva película

STEPHEN KING EN COLORES

Las siguientes películas, elegidas por puro capricho, constituyen una pequeña antología del "cine King". Todas se consiguen en video y sólo se mencionan actores cuando son conocidos/importantes.

Carrie (Brian de Palma, 1976, con John Travolta y Sissy Spacek)
Las brujas de Salem (Tobe Hooper, 1979, con David Soul y James Mason)
El resplandor (Stanley Kubrick, 1980, con Jack Nicholson)
Cujo (Lewis Teague, 1983)
La zona muerta (David Cronenberg, 1983, con Christopher Walken y Martin Sheen)
Los niños del maíz (Fritz Kiersch, 1984)
Cementerio de animales (Mary Lambert, 1989)
Misery (Rob Reiner, 1990, con Kathy Bates y James Caan)
La maldición de los sonámbulos (Mick Garris, 1992)
La mitad siniestra (George A. Romero, 1993)
El Apocalipsis (Mick Garris, 1994)
Sueños de libertad (Frank Darabont, 1994, con Morgan Freeman y Tim Robbins)